

LIBROS

Inman Fox: el joven Maeztu y el socialismo

Según es sabido, la transformación experimentada en los últimos diez años de nuestra imagen del 98 ha sido obra de un número relativamente corto de investigadores, procedentes en su mayoría de centros universitarios norteamericanos. Entre los años 1964 y 1966, por distintas vías y con una curiosa coincidencia cronológica, Rafael Pérez de la Dehesa, Carlos Blanco Aguinaga y E. Inman Fox barrieron los tópicos habituales acerca de la crisis nacional, la ausencia de compromiso y la orientación estética de los «noventayochos». Los lectores españoles tuvieron por fin conocimiento de que el gran individualista Miguel de Unamuno había hecho causa común por espacio de unos años con el sector más activo del socialismo español desde las páginas del semanario bilbaíno *La Lucha de clases*, que antes de subordinar su discurso político a hombres como Romero Robledo o La Cierva, Azorín, no sólo había sido un crítico radical de aquellos conservadores, sino que como escritor anarquista su actuación no es nada desdeñable. Por fin, la lectura por Blanco Aguinaga del *Hacia otra España* hizo ver la presencia inequívoca de categorías marxistas y la capacidad para aprehender las perspectivas de la revolución burguesa en España, en quien, como Ramiro de Maeztu, se contemplaba exclusivamente como exponente en su madurez de un pensamiento contrarrevolucionario, ligado a Acción Española y a la idea de Hispanidad.

¿Quedaban con esto agotadas las vías para

proceder a nuevas interpretaciones? Ciertamente, no. La incansable labor de investigación desarrollada en sus últimos años por el desaparecido Pérez de la Dehesa abría sin cesar nuevas perspectivas, como mostró en su excelente libro sobre el semanario *Germinal* y la fase republicano-socialista de *El País*. Valverde insistió con fortuna en el cauce trazado sobre Azorín y a la vista se encuentra la publicación de los artículos no recopilados de Pío Baroja, a cargo de Louis Urrutia. En otro trabajo en curso de publicación, Pedro Ribas incrementa sensiblemente los materiales «socialistas» en torno a Unamuno. Y sin abandonar su labor de documentación, Inman Fox se ha trasladado de Azorín a Maeztu, recopilando nada menos que cuatrocientos treinta artículos para el período 1897-1904. En espera de la publicación de los resultados en Castalia y Edicusa, Inman Fox ha adelantado en una conferencia pronunciada en la Complutense (Facultad de Políticas y Sociología) algunos de los aspectos en que su trabajo puede contribuir a una renovación de la figura del pensador alavés. Pensando en su centenario y en la reincidencia habitual en los lugares comunes, sin olvidar la famosa conversión, puede valer la pena resumir los rasgos principales subrayados por el investigador norteamericano.

En primer lugar, el peso de la tradición familiar. Un fondo de dificultades económicas, a pesar de la fortuna reunida por su abuelo Francisco de Maeztu y Eraso, importante hacendado en Cuba. Pero la fortuna no resiste la segunda generación, y cuando Maeztu va a Cuba en 1891 no es siquiera un simple gestor: trabaja primero en un ingenio y más tarde en una fábrica de tabacos, como «lector», es decir, leyendo en voz alta a los obreros cuatro horas diarias textos que más de una vez él mismo traducía. Entre los autores que utiliza figuran Kropotkin, Marx, Scho-

penhauer. Así, a diferencia de otros hombres del noventa y ocho, su visión de las relaciones de trabajo es muy temprana, concreta y teórica a un tiempo. Pasa a Nueva York, y de aquí, en 1894, a Bilbao en los años de máxima aceleración del crecimiento industrial y auge del movimiento socialista. El símbolo serían dos publicaciones: *La Lucha de clases* y *Bizkatarra*, que reflejan la intensidad y la pluralidad de consecuencias del proceso de cambio. La calidad de testigo lúcido de Maeztu quedaría reflejada en artículos como «El socialismo bilbaíno», que con la firma de «Rotuney» inserta en el semanario *Germinal*, que dirige Joaquín Dicenta.

Es el mes de julio de 1897, y Maeztu muestra visiblemente su simpatía hacia los socialistas bilbaínos, que ven amenazado un éxito en las elecciones municipales por la presión del líder del caciquismo capitalista de la región, Víctor Chavarrí. Pero no es sólo una orientación emocional. El efecto de la lectura de Marx se aprecia sobre todo en el análisis dialéctico del conflicto político desde las relaciones de clase determinadas por el crecimiento industrial. Aparece también otro de los rasgos de su pensamiento en el período: «El socialismo —proclama— es hijo legítimo y sucesor forzoso del capitalismo». Según ha de desarrollarse por extenso en *Hacia otra España*, la transformación de una economía española en un modo de producción estrictamente capitalista es la premisa de cualquier cambio progresivo. El sentido de este último es, por lo menos, secundario ante la preocupación fundamental.

La misma ambigüedad al definir la función del intelectual. Rechaza, desde luego, las consideraciones filosóficas o historicistas. Los problemas reales son el económico y la explotación obrera; el intelectual debe orientarse hacia ambos. Pero subyace una orientación elitista, ya que son las minorías

quienes han de dirigir la necesaria transformación. Sin olvidar la creciente influencia, sobre todo en los aspectos formales de Nietzsche, que le lleva constantemente a reivindicar las individualidades fuertes, a hablar de «la moral de los esclavos» o proclamar el necesario aplastamiento de los débiles.

En una escritura como el artículo de periódico orientada constantemente hacia los fenómenos concretos, destaca en todo caso el papel del marxismo —con desviaciones ocasionales hacia Guesde— como instrumento analítico. Tanto al hablar de la cuestión obrera vizcaína como de la crisis colonial en Cuba, o del peso que para toda industrialización en España representa el atraso del campo castellano. La atención crítica hacia el movimiento de renovación burguesa que parece apuntar en la Asamblea de Zaragoza, de noviembre de 1898, le hace concebir el sueño de un desarrollo industrial agresivo, tal vez reproducción del capitalismo americano, que a su vez posibilitaría el auge como organización de masas del partido y la sindical socialista. Como recuerda en un artículo de *Las Noticias*, la razón principal del fracaso de Pablo Iglesias es la falta de industrialización: el trabajador agrícola en la miseria y el parasitismo de la burocracia centralista son los dos símbolos de la doble imposibilidad, del capitalismo y del socialismo. Por esa misma causa, a diferencia del anticlericalismo racionalista de sus contemporáneos, la oposición de Maeztu a la Iglesia se funda en «el pan nuestro de cada día», en su papel de obstáculo al crecimiento como soporte de la explotación (de ricos y pobres) y sujeto de acumulación no reproductiva. También critica, por motivos complementarios la actuación libertaria en una serie, «El ideal anarquista en España»: los treinta mil ejemplares vendidos de *La conquista del pan* le parecen, con el peligroso mi-

to de la huelga general —capaz de paralizar el funcionamiento necesario del sistema económico—, los resultados de un país pobre donde predomina, a diferencia del área anglosajona, una educación dogmática. En los artículos de 1902-1903, frecuentemente orientados hacia huelgas en Cataluña o en Vizcaya, se acentúa el reformismo, con la llamada a las clases dirigentes y a los intelectuales para tomar conciencia del problema obrero.

Envuelto en el núcleo de intelectuales republicano-socialistas, como Dícena, Dorado, Verdes Montenegro, Ramiro de Maeztu presenta, en la visión de Inman Fox, unos perfiles bien definidos, entre Marx, Nietzsche, el revisionismo, con Costa, Iglesias, la crisis de fin de siglo como referentes. La investigación se cierra, pues, con una invitación a la lectura y a buscar una nueva precisión en las interpretaciones. ■ A. E.

Para una ciencia ácrata

Cada época conoce su particular forma de conformismo intelectual, su escolástica: designamos con esta palabra no la derivación monótona de las doctrinas tomistas —Santo Tomás, en su día, no fue conformista ni escolástico—, sino esa forma de pseudo-saber académico caracterizado por preferir las estructuras estables y cerradas a las cambiantes y abiertas, no admitir más problemas que aquellos previamente instituidos en la urdimbre de las respuestas y preferir ocupar la mente en instructivo cuanto inocuo pasatiempo que arriesgar el espíritu en incertidumbres críticas. Los escolásticos confunden las reglas de transmisibilidad del saber con el saber mismo y su mayor empeño es ponerle puertas al campo. Obviamente, la escolástica es la filosofía más recomendable desde el punto de vista de la Administración, que la alienta y estimula en

todos los centros a su disposición. La ideología moralizante que justifica y adoba cada escolástica es muy variable: va desde la religión católica hasta el comunismo ortodoxo, desde el elogio de los valores tradicionales a la fe en el futuro progresivo de los hombres. Hoy, la religión de lo «práctico» (?) y la superstición de lo científico propician una escolástica de las más severas, muy extendida por el mundo anglosajón y cada vez más presente en España: la metodología. Sus representantes se presentan como gente seria, frente a tanto tarambana como corre por la filosofía, y se proponen sustituir a los palabreos metafísicos tradicionales —gente afecta, como nadie ignora, a negar la existencia de las mesas, a dudar de la de los tranvías y a creer en los ángeles— por hacendosos fabricantes de prólogos a tratados científicos, y tras haber establecido que no hay más racionalidad que la de la ciencia, se dedican paradójicamente a explicar a los científicos cómo ser racionales. ¿Hará falta decir que estos no les hacen demasiado caso? Y en ello vemos una admirable prueba, si no de racionalidad, al menos de sentido común por su parte.

La epistemología científica oscila entre ser un catálogo de recetas prácticas y un mapa que enseñe a hacer mapas de la Verdad, tierra misteriosa donde las haya. En ninguna de las dos tareas le acompaña mucho el éxito. Recuerdo que cuando yo creía en los Reyes Magos, es decir, a los dieciséis o diecisiete años, le rogaba a mi madre: «Que me traigan juguetes y no esas cosas útiles que no sirven para nada». La metodología, que ha sustituido al «juguete» metafísico, es una de esas cosas útiles que no sirve para nada. Pero como además se empeña en servir, une a la esterilidad el aburrimiento, lo cual no es poco logro para una sola disciplina. Tras haber aborrecido del subjetivismo y el esteticismo